

Librerías: desapariciones, permanencias, metamorfosis

JORGE CARRIÓN

Las librerías culturales

En el Día de Todos los Santos del 2015 el escritor y artista Víctor García Tur realizó una intervención en la librería Calders de Barcelona. Por un lado, giró todos los libros de autores muertos, convirtiendo los conjuntos de volúmenes de las estanterías en unos extraños códigos de barras, en una sinfonía gráfica en código Morse. Por el otro, editó una antología de textos de autores desaparecidos, en cuyas guardas —desplegables— se ocultaba un estudio gráfico y estadístico del fondo editorial de La Calders. Así, descubríamos que la gran mayoría de los libros que alberga han sido escritos originariamente en castellano, inglés y catalán, en ese orden. Que el 82 % de los autores representados están sujetos a las leyes del *copyright* y un 18 % son de dominio público. Que el 86 % de los libros del fondo fueron escritos por hombres, frente al 14 % escritos por mujeres. O que el 55 % de los autores están vivos y el 45 %, muertos.

Ese doble gesto (García Tur, 2015) me parece valiente y necesario: las librerías deben dialogar con las prácticas contemporáneas y deben enfrentarse a sus propias verdades. Las verdades pueden ser incómodas: incluso en un sector en que las librerías han sido y son tan o más importantes que los libreros, el catálogo de las editoriales y la inercia social imponen una oferta mayoritariamente masculina. Las verdades pueden ser incluso obvias: tras estudiar el fondo de una librería se puede determinar sin ambages si su misión es cultural o meramente comercial.

Para no olvidar el sentido profundo de las librerías conviene recordar su tradición más eminente. City Lights de San Francisco, fundada en 1953 por Lawrence Ferlinghetti a su regreso de París, con un vínculo directo —profesional y sentimental— con la Shakespeare and Co. de George Whitman, tal vez sea la única librería de los viejos tiempos que sobrevive con su fundador todavía vivo y lúcido, aunque apartado de la acción directa por sus casi cien años de edad. De mantener vivo el legado de una librería que nació porque había un

nicho de mercado en California (era novedad la publicación de libros de bolsillo que no fueran novelas *pulp*, sino literatura de calidad), y que enseguida se vio acompañada por el proyecto de la editorial homónima, se ocupa la Fundación City Lights. Estuve por última vez hace un par de años y aunque abundan los turistas culturales que la visitan, no deja de ser una excelente librería que no traiciona su vocación de centro político, literario y, en fin, cultural. Conviene recordarlo.

Supongo que si le dijera a Ferlinghetti que su establecimiento es una «librería cultural», sonreiría irónico por la redundancia. Pero el viejo lobo enseguida recordaría la necesidad de diferenciar entre las librerías y los supermercados de libros, las cadenas que los tratan como mercancía sin relevancia cultural, los comercios en línea cuyo ejemplo más evidente es Amazon. La necesidad de diferenciar entre librerías y meros puntos de venta de libros. Por eso la redundancia se ha vuelto necesaria. Desde el año 2000, la Confederación Española de Gremios y Asociaciones de Libreros premia anualmente a una «librería cultural», por su defensa continuada de la lectura y del libro dentro y fuera de las paredes de su establecimiento. En la Gil de Santander me dejaron ver toda la documentación que aportaron para demostrar una agenda continuada de eventos de promoción, difusión y formación: impresionante. Entiendo que todas las ganadoras pudieron demostrar un currículum similar. La lista nos permite no sólo mapear algunos de los nodos más importantes de la España literaria, sino también interpretar una evolución posible en el mismo concepto de lo que entendemos por librería.

Los ganadores de la distinción han sido en estos dieciséis años: Babel (Castellón), Diagonal (Segovia), Cálamo (Zaragoza), Cervantes (Oviedo), Plumier (Ibi, Alicante), Rafael Alberti (Madrid), Escarabajal (Cartagena, Murcia), Sintagma (El Ejido, Almería), La mar de letras (Madrid), Oletvm (Valladolid), Anónima (Huesca), Entre Libros (Linares, Jaén), Taiga (Toledo), Los portadores de sueños (Zaragoza), Gil (Santander), Cámara (Bilbao) y Traficantes de Sueños (Madrid). La iniciativa empezó, por tanto, con fuerza premiando un proyecto todavía entonces joven (había nacido en 1988), pero que tenía una clara vocación innovadora, como es el de Babel, que desde su origen ha trabajado para dar a conocer el fondo de las editoriales, ha contado con una generosa programación de actividades de todo tipo, ha convocado iniciativas y premios para fortalecer el valenciano y ha incluido en su topografía espacios de exposición y de venta de comercio justo. Pero es sobre todo librería, digamos, de libros, como la mayoría de los nombres de la lista. En la Cálamo se venden también vinos, en Taiga proponen juegos para que los niños descubran y exploren sus emociones; en todas (menos en Escarabajal y Sintagma, que han de-

saparecido) se lleva a cabo una importante agenda de eventos que incluye otros ámbitos además del literario y del libresco, pero se definen como librerías y sus metros cuadrados están ocupados mayoritariamente por libros. Sólo en dos de las últimas premiadas eso no es así.

Los Portadores de Sueños es una librería que dedica una gran atención a la ilustración y el arte, con exposiciones de autor y con venta de obra gráfica original. Y Traficantes de Sueños se define en su página web de esta manera:

Es un proyecto de producción y comunicación política que aspira a aportar contenidos y animar debates útiles para la acción colectiva transformadora. También es un proyecto de economía social, esto es, una entidad sin ánimo de lucro y sin jefes, implicada en el Mercado social y en el desarrollo de otra economía. Traficantes de Sueños inició su andadura en 1995 con el objetivo de generar un espacio estable donde encontrar materiales de reflexión; la herramienta que utilizamos para ello es el libro, entendiéndolo como un medio de transformación individual y colectiva. A partir de ahí comenzamos a organizar la librería asociativa y la distribuidora; en los 2000 llegaron la editorial, el taller de diseño y el espacio para la autoformación y producción de Nociones Comunes.

Que ambas hayan sido incluidas en la nómina de las grandes librerías culturales españolas significa que los proyectos alternativos ya pueden competir, en términos de trayectoria y prestigio, con los más tradicionales y asentados, porque un punto de venta de libros no tiene por qué ser una librería y una librería —en cambio— puede ser, en cambio, muchas otras cosas.

Rutas de libros

Es normal que así sea, porque en la experiencia cotidiana de los lectores no existen diferencias sustanciales entre espacios que comparten voluntad de lo que Pierre Bordieu (1999) llamó distinción. Es decir, en los paseos, en las rutas, en la frecuentación de las librerías, los clientes acostumbran a mezclar visitas, no sólo a establecimientos de libros nuevos o usados, de larga historia o de nueva generación, sino también a galerías de arte, tiendas de cómic, cafeterías, museos, centros culturales o tiendas de música. El itinerario del consumo cultural en el siglo XXI es necesariamente bastardo. Fluctúa entre espacios muy diversos. Y entre el papel y el píxel.

El Día de Sant Jordi en Cataluña y el Día de las Librerías en el resto de las ciudades españolas es una buena jornada para constatar esa hibridación, física y

virtual, de deseos y experiencias. Los regalos deben ser libros físicos, de modo que el objetivo es encontrar los volúmenes adecuados, pero la vivencia es necesariamente multimedia. El año pasado pude comprobar que en Zaragoza el Día de las Librerías hace vibrar a los lectores, que acuden a su librería de cabecera (según vi en Los Portadores de Sueños y en Antígona) para tomar un chocolate caliente por la mañana o una copa de vino por la noche, y para comprar libros. Pero la actividad en redes sociales es continuada. Como he podido ver durante los últimos años en la jornada de Sant Jordi en Barcelona, se ha convertido en una práctica habitual la fotografía compulsiva tanto de los autores famosos que firman ejemplares ajenos como la del propio lector con su escritor favorito, porque «la fotografía conversacional», es decir, las fotos como «mensajes que nos enviamos unos a otros» [Fontcuberta 2016: 119], también se ha vuelto importante en el ámbito de los libros. No se trata de una circulación iconográfica exclusiva de los lectores y consumidores: es contrapunteada, cuando no directamente alimentada, tanto por la industria editorial (a través de las cuentas en Instagram o de Facebook de los propios sellos) como por los agentes de prescripción (tanto los libreros como los periodistas culturales y los críticos culturales también ponen en circulación fotografías en que aparecen libros, textualmente comentados o con un marco elocuente, en el que abundan los *selfies*).

Para la mayoría de esos clientes que vi en Zaragoza, que son como nosotros, todos los días son el día de las librerías. Hay que trabajar en esa dirección: que lo excepcional se convierta en normal. Que «Día de las Librerías» sea también una redundancia. Incluso para los que, de momento, sólo van a librerías y compran libros el Día de Sant Jordi. Es de recibo preguntarse si esa puesta en valor del libro como objeto estético, ese flujo de imágenes en que nos presentamos o autopresentamos en una relación personal, cuando no íntima, con un libro o con un autor, está significando la creación de una nueva generación de lectores o la amplificación de la comunidad de los lectores ya existentes. El contexto de esas nuevas tendencias relacionales, en que la lectura es tan importante como el hecho de compartirla visual o textualmente en tiempo real, es el de la irrupción en este cambio de siglo de la pantalla omnipresente, de Internet y de los dispositivos portátiles de lectura.

Esa mutación radical de nuestros modos tanto de producir como de leer imagen y texto explica, de hecho, la proliferación de estudios sobre el libro, las bibliotecas, las editoriales o las librerías. Como ha escrito Nora Catelli: «No es casual que la historia del libro, como disciplina, haya surgido de manera paralela a la conciencia de la posible extinción física de ese objeto» [Catelli 2001: 20]. Del mismo modo, la conciencia de la importancia de las librerías

como centros culturales parece haberse reforzado a causa de la amenaza de Amazon y de la distribución alternativa que propone. Esas dos reacciones simultáneas y complementarias, por parte de la academia y del resto de los agentes culturales, tiene su correlato pop en los *booktubers*, en los *instagramers* especializados en fotos de libros, en los usuarios de Facebook que publican *selfies* leyendo o en los blogueros que comentan infatigablemente sus últimas lecturas. En otras palabras: pese a que ya no tenga sentido hablar de «alta» y «baja» cultura, porque nuestras vidas son una montaña rusa constante entre producciones de diferente calidad y signo, porque todos somos productores culturales y porque la horizontalidad democrática ha barrido la verticalidad aristocrática, de modo que el académico que por la mañana publica en una revista indexada un estudio sobre la edición en Barcelona en el siglo XVII, por la tarde cuelga en Facebook una foto leyendo en la playa con una camisa hawaiana, lo cierto es que sí existen frecuencias y canales diferenciados de opinión, información e imaginación respecto a los muchos libros que nos rodean. Y tanto los ya existentes como los nuevos, tanto los más graves como los más desenfadados, se han puesto de acuerdo en reivindicar de una forma u otra el objeto libro. Al fin y al cabo, no existe ningún otro producto cultural con tanto prestigio: por eso para tantos *instagramers* ser incluidos en el volumen *We Instagram* de @martaar [2016] fue ver un sueño hecho realidad.

Por todo ello ha proliferado en los últimos años la conciencia de que es importante crear topografías de la circulación libresca. Si las calles y los barrios de libros —de Donceles en Ciudad de México a Port’Alba en Nápoles, de Charing Cross Road en Londres al Bazar de los Libros de Estambul— han existido desde hace miles de años, los mapas que los representan y los promocionan, aunque haya excepciones ilustres (como el del «Book Row of America» de mediados del siglo pasado, representando el mítico tramo de la 4.^a Avenida de Nueva York), se han vuelto habituales sobre todo en este cambio de siglo. En todos los casos existen al mismo tiempo en papel y, tal vez decisivamente, en la Red. En el año 2014 visité Río de Janeiro y pude conseguir uno de los 100 000 ejemplares que en el 2010 se editaron de la versión impresa del *Roteiro das Livrarias do Centro Histórico* [AEL/EJ 2010]. Al año siguiente, de un proyecto colaborativo de la Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Cuajimalpa [2011], surgió el primer mapa de las librerías de viejo de Ciudad de México. En paralelo, el grupo editorial Contexto [2014] publicó *El mapa de librerías de Madrid*, que contaba con 122 puntos y, como el resto, se encuentra en línea. Mientras tanto, la Associació de Llibreters de Gràcia ponía en su web un mapa de Google con la localización de los treinta establecimientos de ese barrio barcelonés. Y nacían al menos tres páginas webs especializadas en la

materia: dos locales, *Librerías BCN* y *Librerías de Zaragoza*, repertorios ilustrados de las librerías de ambas ciudades; y la otra estatal, *Llanuras*, con la voluntad de dar cuenta de la agenda de eventos en librerías de toda España. El subtítulo de *Llanuras* es «Rutas para lectores».

Esos mapas, esas rutas, esas asociaciones, hablan de una nueva cultura de la cooperación. Su ejemplo más elocuente es La Conspiración de la Pólvora, tal vez la primera asociación interurbana de librerías con el objetivo de crear rutas de actividades (porque han existido tradicionalmente asociaciones de librerías, como Bestiari, que agrupa a 17 establecimientos independientes catalanes y ha cumplido este año 40 de existencia, pero que raramente coordinan actividades conjuntas). La acción combinada de Letras Corsarias (Salamanca), Intempestivos (Segovia) y La Puerta de Tannhauser (Segovia), en cambio, está perfectamente planificada y consensuada. Esa sincronía les valió el Premio Nacional de Fomento de la Lectura del 2016. No fue casual, por cierto, que se les concediera *ex aequo*: también lo ganó Ana Garralón, librera y bloguera, por su blog de literatura infantil y álbum ilustrado *Ana Tarambana*. Digo que no fue casualidad porque de ese modo se premió la promoción lectora tanto en la dimensión física de la cultura como en la virtual, entre el público adulto y entre los niños (durante la crisis económica las librerías infantiles han ganado peso: podemos ahorrar en nosotros, pero no lo hacemos en nuestros hijos, quienes además consumen un tipo de libro que, por su factura, difícilmente tiene sentido leer en otro formato que no sea el papel).

Más allá de la existencia de excelentes librerías en una misma ciudad, como ocurre en Sevilla (La Extra-Vagante o Palas), Zaragoza (Los Portadores de Sueños, Cálamo, Antígona), Palma de Mallorca (Literanta, Babel, Los Oficios Terrestres) o Valencia (Bartleby o Ramon Llull), establecimientos que los lectores pueden conectar con sus intereses y sus cuerpos, la llegada de Amazon España invita al fortalecimiento de las redes de colaboración entre las librerías independientes de una misma ciudad o de una misma región o de un mismo idioma. En el 2008, Amazon compró AbeBooks, cuya sección en español es *Iberlibro*, un buscador que permite acceder a los catálogos de miles de librerías y comprar libros en línea, de modo que en estos momentos, en términos globales, son la plataforma digital de la cadena La Casa del Libro, Uniliber (especializada en libros antiguos) y el buscador *Todos tus libros* de CEGAL (que permite saber qué librería más o menos cercana tiene el libro que buscas) las tres grandes herramientas de localización y compra que tiene a su disposición el lector español, si no desea comprar en la multinacional norteamericana.

Las librerías híbridas

Ulises Carrión fundó Other Books and So en 1975. El escritor y artista mexicano vivía muy precariamente en Ámsterdam y, con la apertura de la librería, trató de solucionar sus problemas de residencia en Holanda, al tiempo que construía un espacio donde se encontrarán los lectores y coleccionistas con los libros artísticos que producía la comunidad internacional de creadores afincados en la ciudad.

El local, un semisótano, se encontraba en el canal de los Herengracht, número 277 (dos años más tarde se trasladaría al 259). Tal vez no fuera exactamente una librería, pero tampoco era una galería de arte. Se exhibían objetos parecidos a libros, cuyos autores no eran escritores, sino artistas. Se conversaba. Se proponía. Se intercambiaba. Se actuaba. Carrión se refirió a su Other Books and So como «espacio público» [Maderuelo 2016: 106]. En el centro, según se ve en las fotografías que se conservan, estaba la mesa con la máquina de escribir de Ulises Carrión. En el centro, por tanto, se encontraba la escritura. No ya la literatura, porque el concepto se había expandido hacia otros lenguajes y otros objetivos. En el centro, por tanto, se encontraba también el librero. O el comisario. O el escritor. O el artista. O el gestor cultural. Una persona que entendió que el principal valor de su proyecto eran otras personas: por eso las fotografió, porque el espacio era mucho menos importante que el constante tráfico.

Carrión era mexicano. Su no librería ni galería de arte estaba en Ámsterdam. Le puso un nombre inglés. Creía en un libro después del libro y en una topografía después de las fronteras nacionales. Las fotografías de Other Books and So formaron parte de la exposición que el Museo Nacional Reina Sofía de Madrid dedicó a Carrión en el 2016. Es una más de las pruebas que demuestran que las librerías invisibles se están haciendo visibles. Y que en cultura no tiene ningún sentido hablar de regiones o estados: las librerías, concretamente, son embajadas que no tienen otra razón de ser que tender puentes, superar límites. Experimentar. Como hizo el autor de *El arte nuevo de hacer libros* [Carrión 2012] en los años 70.

A las pocas semanas de su inauguración a principios del 2016, Ubik —la biblioteca de creación del centro cultural Tabakalera de San Sebastián— ya se había consolidado en la vida cotidiana de los donostiarras. El espacio produce vértigo intelectual. Los libros, las películas, los cómics, los juguetes o los videojuegos conviven en la misma estantería, pues la clasificación no es por géneros o por lenguajes, sino por temas. Las mesas donde apoyar una novela o un ordenador portátil conviven con los módulos en los que construir cosas,

sillones para jugar a la *play*, una batería y una guitarra eléctrica, los televisores donde ver series o películas con auriculares, un estudio de grabación y grifos para lavarse las manos. Los niños, los adolescentes, los mediadores y los adultos conviven en las mesas, los ordenadores, la sala de lectura en silencio, el cine experimental o los rincones para encuadernación, manufactura, robótica, edición digital, interpretación musical o juegos. He repetido tres veces el mismo verbo, porque la clave es la *convivencia*. Esa palabra define nuestra época en la que confluyen todas las épocas.

En el nuevo orden de los textos que propone Ubik veo una vía de futuro de las librerías. Si en Altaïr, de Barcelona, los libros han estado tradicionalmente clasificados por áreas geográficas, de modo que en las estanterías de «Nueva York» o de «Australia» conviven las guías de viaje con las novelas, los ensayos, los cuadernos ilustrados, las novelas gráficas o los libros de poemas que atañen a esa ciudad o esa isla continente, se trataría de añadir a la sección los deudés, los juguetes, los cedés o incluso la tecnología más adecuada para disfrutar de la capital del siglo XX o para orientarte en el desierto. Los objetos culturales también son textos. En una ordenación temática de la librería, que significara la superación definitiva tanto de las fronteras nacionales y lingüísticas como de los géneros aristotélicos que ya a ningún escritor pueden hacer justicia, sería natural que quien busca información o placer sobre el «viaje», la «teoría *queen*», las «islas», el «periodismo» o «El Polo Sur», tuviera a su disposición tanto novelas como antologías, tanto ensayos como cómics, tanto mapas como películas, tanto juegos de estrategia como álbumes infantiles. La página web de la librería solamente tendría que ser coherente con esa filosofía, ofreciendo no sólo los objetos (el libro, el deudé, el cedé) sino también sus versiones electrónicas o el acceso a plataformas donde *consumirlos*.

Desde el 2013 un equipo de Tabakalera venía trabajando, en clave experimental, en el proyecto «Biblioteca aumentada», para decidir las líneas maestras que han cuajado en Ubik. Una de ellas ha sido la mutación del bibliotecario generalista en un mediador experto, cuyo tiempo puedes reservar en píldoras, asesorías particulares sobre temas teóricos o aprendizajes prácticos. Qué debo leer sobre la ciudad. Cómo puedo construir mi propio dron. Porque una biblioteca es sobre todo un territorio de diálogos.

¿Sería posible ampliar la dimensión prescriptora del librero hasta convertirla en formativa? ¿No ha sido tradicionalmente el librero un animador de conversaciones, un tertuliano, un profesor informal? ¿No es común en las librerías infantiles que el librero o la librera te cuenten el cuento, haciendo énfasis en las escenas más importantes, en los dibujos más llamativos, indicándote de ese modo la mejor manera de transmitirles la historia a tus

hijos? Por supuesto que esa ampliación del concepto de «anaquel de librería» para que acoja también objetos que no son libros, paralela a la del «librero» como «mediador» o «formador» pone en peligro la identidad de la propia librería y del librero. En un taller en el que participé en la Feria del Libro de Torino del 2015 —cuyo nombre era «Diseñando la librería del futuro»— discutimos en términos cuantitativos la identidad de la librería. ¿En qué momento deja de serlo? ¿Cuando es menos del 60 %, del 50 %, del 40 % el espacio dedicado a los libros y es mayormente una cafetería u otro tipo de establecimiento? Esa supuesta amenaza a la identidad, sin embargo, está en el ADN de la librería, que durante siglos se confundió con la sede de una editorial o de una imprenta, con el hogar del editor-librero, y en la modernidad lo ha hecho de un modo natural con la galería de arte o con la tienda de museo. Garoa Kultur Lab, en San Sebastián, se define como un «espacio para la experimentación cultural». Leemos en la página web: «En este espacio sucederán cosas que ninguno de nosotros puede anticipar, y eso es, exactamente, lo más bonito. Cultura, letras, arte, nuevas tecnologías y encuentros». Encuentros incluso políticos. La Atómica, de Valladolid, por su parte, ha sumado a la librería y la galería un espacio de *coworking* (como hizo inmediatamente antes de ella Open de Milán). En Madrid, La Fiambrera, que se define a sí misma como «Art Gallery & Bookshop» o Swinton & Grant es la suma de dos identidades, Swinton Gallery y Ciudadano Grant.

En *El arte nuevo de hacer libros* de Ulises Carrión se incluye el texto de presentación del establecimiento, una fotocopia en la que leemos: «The first gallery-shop in Amsterdam specialized exclusively in the sort of books that *you* make» [Carrión 2012: 29]. En la retrospectiva de Ulises Carrión en el Reina Sofía se podía ver más publicidad de la no librería. Por ejemplo, una tarjeta con que se presentaba el proyecto, donde dice: «other books, non books, anti books, pseudo books, quasi books, concrete books, visual books, conceptual books, structural books, project books, statements books, instruction books, and musical scores, postcards, posters, objects, sound poetry». El catálogo también reproduce el póster que anunciaba la exposición de Eduard Bal, donde se habla de «Books, Boxes, Cards, Objects, Prints, Stamps». Libros, papeles, cosas. La inauguración consistía en una «filmperformance». Esa palabra que hibrida otras dos me recuerda a la más famosa de esas palabras siamesas, que no es «blaugrana», sino «baciyelmo». Es sabido que gracias a ese neologismo solucionan don Quijote y Sancho Panza su discusión sobre qué diablos llevaba aquel desconocido en la cabeza, si una bacía, es decir, una suerte de palangana, o el archifamoso Yelmo de Mambrino. Esa palabra resume dos visiones del mundo en principio antagónicas. Las concilia.

Referencias*

- BORDIEU, Pierre, *La distinción*, trad. de María del Carmen Ruiz de Elvira. Madrid: Taurus, 1999.
- CARRIÓN, Ulises, *El arte nuevo de hacer libros*, trad. de Heriberto Yépez, Ciudad de México: Tumbona Ediciones, 2012.
- CATELLI, Nora, *Testimonios tangibles. Pasión y extinción de la lectura en la narrativa moderna*, Barcelona: Anagrama, 2001.
- FONTCUBERTA, Joan, *La furia de las imágenes. Notas sobre la postfotografía*, Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2016.
- GARCÍA TUR, Víctor, *Afterword (with permission)*, Barcelona: New Niu Press, 2015.
- MADERUELO, Javier, *Ulises Carrión, escritor*, Heras: Ediciones La Bahía, 2016.
- @martaar, *We Instagram*, Madrid: Espasa, 2016.
- SCHRAENEN, Guy, ed., *Ulises Carrión. Querido lector. No lea*, Madrid: Museo Nacional Reina Sofía, 2016.

Webs de librerías y colectivos

- ASSOCIAÇÃO ESTADUAL DE LIVRARIAS DO RIO DE JANEIRO (AEL/EJ), <http://www.aelrj.org.br/website2010/images/stories/mapaelistadaslivrariasdoroteiro2010_capa.pdf>
- ASSOCIACIÓ DE LLIBRETERS DE GRÀCIA, <<http://www.llibretersdegracia.com>>
- CEGAL, <<http://www.todostulibros.com>>
- GAROA KULTUR LAB, <<http://www.egaroa.com/es/garoa-kultur-lab>>
- GRUPO CONTEXTO, *El mapa de librerías de Madrid*, Madrid, 2014 <<http://www.contextodeeditores.com/wordpress/wp-content/uploads/2014/12/MapaLibrMadrid.pdf>>
- IBERLIBRO, <<https://www.iberlibro.com>>
- LA ATÓMICA, <<http://www.laatomica.es>> (en construcción)
- LA CASA DEL LIBRO, <<http://www.casadellibro.com>>
- LA FIAMBREIRA, <<http://www.lafiambreira.net>>
- LIBRERÍAS BCN, <<http://www.libreriasbarcelona.es>>
- LIBRERÍAS DE ZARAGOZA, <<http://www.libreriasdezaragoza.com>>
- LLANURAS, <<http://www.llanuras.es>>
- LOS PORTADORES DE SUEÑOS, <<http://www.losportadoresdesuenos.com>>

* Las páginas web se han de entender visitadas en septiembre del 2016.

SWINTON & GRANT, <<http://www.swintonandgrant.com>>

TRAFICANTES DE SUEÑOS, <<https://www.traficantes.net>>

Proyecto, <<https://www.traficantes.net/proyecto-traficantes-de-sue%C3%B1os>>

UNILIBER <<http://www.uniliber.com>>

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA UNIDAD CUAJIMALPA, *Mapa de las librerías de viejo de Ciudad de México*, México, 2011 <<http://libreriasdeviejomexico.org/wp-content/uploads/mapa/mlv-descargas-mapa.pdf>>